Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Rúbricas Número 12. Literatura y Filosofía y su relación con otras disciplinas

Tzinacapan y Malitzin: una invitación para encontrarnos y agradecer. Reseña

Basaldúa Silva, Jorge

2017

http://hdl.handle.net/20.500.11777/4051

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Tzinacapan y Malitzin:

UNA INVITACIÓN PARA ENCONTRARNOS Y AGRADECER

Reseña del libro *Tzinacapan y Malintzin. El encuentro*[1] de Francisco Sánchez

Jorge E. Basaldúa Silva[2]

Pienso en *Tzinacapan y Malitzin. El encuentro* como una invitación, una forma de abrir a otros la puerta de casa con el deseo de compartir lo que uno es. La aparente simplicidad del escrito me hizo entrar fácilmente en lo que ahí sucedía. Y yo, sin pedir permiso, me acerqué una silla y me puse a escuchar, atento, el encuentro que ahí tenía lugar. El hecho de que un padre y un hijo decidan conversar promueve, no sólo la armonía de sus voces, sino un conjunto de otros encuentros cuyas resonancias nos envuelven a todos.

Una primera resonancia fue encontrarme con la escritura de Francisco. A él lo conocí platicando, hablando sobre su pueblo. Hace algunos años tuve la oportunidad de entrevistarlo para un documental sobre las danzas, y su voz, pausada, me pareció muy esclarecedora de los procesos que en ese momento estábamos viviendo. Recuerdo que hablamos de la manera como se aprende en la comunidad, tan distinta a como se aprende en la escuela; cómo el maestro de danza propone los pasos, sin requerir el silencio de los niños que corren alrededor del patio donde se lleva a cabo el ensayo. Ellos juegan e integran poco a poco lo que el maestro enseña. –Se trata de un aprendizaje cultural –dijo–,

1 Sánchez, Francisco. (2017). *Tzinacapan y Malintzin. El encuentro.* Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

2 Es profesor de la Ibero Puebla. Maestro en Educación Humanista por la UIA-P y maestro en Comunicación y Educación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Publicó la novela *El color de la ausencia* (2013); mención honorífica Concurso Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2016. Autor de capítulos de libros y artículos sobre culturas juveniles, migración y literatura.

algo vivo que sólo necesita acercarlo un poco para que conecte. Al final hay niños bailando y, por tanto, hay celebración.

Ahora al leer su libro experimento que, al igual que su voz, su escritura es clara e incisiva. Como quien desgrana una mazorca, Francisco va soltando grano a grano las partes que componen su relato. Y como nos lo dice a través de la voz de su padre, el maíz no es algo, sino alguien. Las palabras escritas llevan consigo fragmentos de vida.

A través del encuentro con su padre, Francisco nos lleva a identificar dos caras de una cultura que se extiende del altiplano a la pendiente serrana del golfo. De la montaña nevada a los montes cálidos. La madre-padre tierra contiene los pasos de todos sus hijos. Es por eso que, en esa superficie común, reconocida como algo más que geografía, las voces de uno y otro van y vienen sin tropezar con las múltiples barreras que los seres humanos hemos puesto para separarnos. El basto manto del mundo, tejido con el hilo fino de la cultura, crea un entramado profundo que casi

Fotografía: Intervención sobre original de freepik

nunca reconocemos porque la sociedad actual gusta más de deslizarse por la superficie del planeta a velocidades cada vez mayores.

Es por eso, seguramente, que Francisco se da el tiempo para hablar con su padre. Se aparta del devenir apresurado para acercarse a la palabra. Porque la palabra verdadera necesita tiempo para salir a la superficie, demanda atención, requiere que tengamos una actitud especial hacia ella para poder entenderla. El encuentro del padre y el hijo, siempre pospuesto por razones o sinrazones, se da finalmente, y uno puede reconocer el valor que tiene estar frente a otro ser humano. Yo sigo sentado escuchando, sin prisa, lo que cuentan.

Es siempre estimulante darse cuenta cómo, desde estas páginas, puedo mirar lo pequeña que era la ciudad de Puebla, correr junto a unos niños y tirarme con ellos como lagartijas debajo de los azumiates para ver, no sin miedo, la llegada del tren. O subirme al tranvía, llegar cerca del mercado La Victoria, a la tienda La Viajera para comprar pescado seco, chito, espaldilla, en fin, todo lo que se necesita para hacer comida, y llevarlo al pueblo trepado en una montaña todavía lejana. La Malintzin, nuestra montaña, la madre protectora con falda amplia de color azul, que cuando hace frío se pone su rebozo blanco y desde lo alto, con su cara afilada, mira hacia el cielo, o te invita a que te quedes con ella allá arriba, por los arenales, más cerca del sol y el viento.

Francisco se encuentra con la memoria. En un país saturado de olvido, nos muestra la huella que deja la historia; una beta que en la medida que se descubre, deja ver la riqueza de su contenido. Al contar, no sólo aprende el que escucha, también el que narra, porque recupera la voz que alguna vez dijo, los pasos que anduvo, el mundo que le tocó ver, pero con una conciencia distinta que le dan los años vividos. El padre de Francisco habla de su cultura, de sus acciones y al hacerlo,

Fotografía: Universidad Iberoamericana Puebla

"Libros como el de Francisco Sánchez Conde: *Tzinacapan y Malintzin, el encuentro*, caracterizado como etnoliteratura nos permiten armar rompecabezas culturales latinoamericanos, algo muy apreciado en Europa, pero que tiene poco desarrollo en México" concluyeron los comentaristas en la presentación del libro

se recupera a sí mismo en su presente, a sus noventa y tantos años. El camino de Francisco no es distinto: el encuentro con sus recuerdos, son su más vívido presente.

Pedro y Francisco, dos vidas que vienen de la misma raíz comparten la convicción de que para vivir es necesario poner los pies bien plantados sobre la tierra. Se trata de dos seres humanos que luchan por construir un lugar mejor para todos. Cada uno en su tiempo, enfrentando al poder, a las instituciones, logra avanzar en esta difícil tarea de hacer un mundo más justo y fraterno. Sentado junto a ellos puedo advertir en el rostro de cada uno, el inmenso respeto que se tienen. Porque enfrentar al poder no es cosa fácil. Se requiere tener razones suficientes para hacerlo, una sensibilidad profunda y, sobre todo, una espiritualidad libre, capaz de sostenernos cuando se trata de abrir nuevos caminos.

A lo largo de todo el libro, Francisco nos invita a recuperar la voz, porque al nombrar el mundo reconocemos cuánto de lo que decimos nos pertenece, nos permite decantar la voz ajena de la propia. El ejercicio de nombrar, de nombrarse, redescubre al ser dándole una dimensión diferente. No se trata de volver sobre las palabras gastadas, sino de pronunciar un caudal de sonidos nuevos, profundamente arraigados en la cultura y en el corazón; porque las palabras, siendo una expresión que nos distingue como humanos, se han debilitado debido al uso superficial que hacemos cada día de ellas, al grado de desconocerlas, de sentirlas ajenas. Nuestra manera de vivir nos ha hecho repetidores y no creadores de palabras. Don Pedro y Francisco son memoria viva. Voz propia. Por eso podemos reconocer que, en la medida en que hablan de su historia buscando las palabras que mejor la nombren, ejercen un acto de resistencia.

Al leer estas páginas he podido acercarme a un momento de comunicación/comunión. Francisco y su padre se dieron esa oportunidad y a través de este libro, nos invitan a caminar con ellos o simplemente estar junto al fogón, con un café caliente, oliendo las tortillas recién hechas, resguardándonos del frío que hace más allá de la puerta, pero sabiendo que el calor que se desprende de ese encuentro humano, tiene la fuerza de salir por la ventana, correr por las calles, trepar a los montes, juntarse a otros calores humanos ricos y profundos. Puedo decir que una de las funciones de este libro es contribuir a hacer del mundo un espacio más cálido para todos. Ahora escucho la voz de Pedro hablando del maíz, del pulque, de la Malintzin, y los ojos atentos de Francisco miran a su padre agradeciendo su presencia.

Tzinacapan y Malitzin. El encuentro, es un libro lleno de gratitud y amor por la vida. Qué fácil y qué difícil es darnos el tiempo para vivir la vida que hemos recibido; por eso, es siempre bien recibida una obra que nos señala uno de tantos caminos para hacerlo.